

EL ECO DE LA VETERINARIA.

PERIÓDICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

REDACTADO POR

D. Miguel Vinas y Martí, D. Juan Bellez Vico y D. Leoncio S. Gallego.

SE PUBLICA TRES VECES AL MES.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, por un mes, 3 rs., por tres id. 8. En provincias, por tres id. 10. rs.: 6 22 sellos sencillos del franqueo de cartas. Ultramar y extranjero, por un año, 50.—**PUNTOS DE SUSCRICION.**—En Madrid: En la Redaccion, calle de Colon, número 12, cuarto cuarto; en la librería de Cuesta ó en la de Bailly-Bailliere, y en la litografía de Mejía, calle de Atocha, núm. 62.—En provincias en casa de los corresponsales en los puntos en que los hay, ó girando letra sobre correos á favor del Administrador, D. L. F. Gallego, en carta franca.

ADVERTENCIA.

Con objeto de facilitar los giros á los señores socios y suscritores de provincias, hemos conseguido vencer ciertas dificultades; y podemos anunciarles que admitiremos en adelante cualesquiera cantidades que se nos libre en sellos corrientes del franqueo de cartas, pero en la proporcion siguiente: 22 sellos de los de á cuatro cuartos por cada 10 rs., incluidos en carta franca.

Penetracion de Mr. Rogers de Londres.

Se lee en el *Eco de la Veterinaria* del 5 de enero de este año la siguiente observacion.

Febrero 22, 1851.—Una yegua baya presentaba los síntomas siguientes: se dejaba caer al suelo y permanecía muchas veces sentada sobre los miembros posteriores, membranas pálidas, debilidad extrema, pulso imperceptible; se procuraba levantarle la cabeza para darle un brebaje y la dejaba caer inmediatamente. Diagnóstico *hepatorrea*.

Los profesores que hayan leído la anterior sintomatología, que lleven alguna práctica y que no se dejen alucinar fácilmente juzgarán si los síntomas lescritos aislados ó reunidos son suficientes para diagnosticar una hemorragia en el órgano hepático. En la autopsia dice que se encontró una rotura cruceal en la envoltura del hígado, es decir, en el peritoneo hepático-visceral, si así puede llamarse la única membrana que envuelve al hígado. Los que recuerden la anatomía normal y patológica dirán si una division aislada de las membranas serosas es sufi-

ciente á producir una hemorragia capaz de producir la muerte siempre que se hallen integros los órganos que envuelve.

Creo que este Mr. ha cometido un error confundiendo una hemorragia de la vena porta con la simple division del peritoneo, insuficiente por sí sola para producir la hemorragia.

A continuacion insertamos dos casos de rotura de la vena porta, comprobados únicamente por la autopsia. El dia 24 de octubre de 1852, á las once de la mañana, fui llamado por un palafrenero de la seccion inglesa para que inmediatamente pasara á la casa llamada de las Infantas, que dista cinco cuartos de legua para ver un potro mamon de cinco meses, hijo de la yegua, *Ispeyfol* y del caballo *Neuvermonger* ambos de pura sangre, cuyo potro al parecer se hallaba gravemente enfermo. Tardaria tres cuartos de hora en llegar y le encontré muerto.

Pregunté sobre las causas que pudieran haber dado lugar á aquel accidente y los síntomas que le notaran antes de sucumbir: contestándome el palafrenero que estaba de guardia en el campo que toda la mañana le habia notado alegre, retozando con los demas y que le habia visto mamar; pero que de pronto le notó triste, echándose y levantándose á menudo, que sudaba y temblaba que al momento se me mandó llamar y en este tiempo murió. A mi llegada aun estaba el cuerpo caliente, mandé abrir el vientre y en el momento que se incidió el peritoneo se notó que toda su cavidad estaba llena de sangre venosa; se estrajeron con cuidado el estómago é intestinos; examinando detenidamente el hígado, bazo, vejiga y riñones, así como la aorta ventral y vena porta, notándose solamente en esta última una abertura como de dos traveses de dedo, paralela á la misma vena y próxima al hígado. Se abrió la cavidad del pecho y no se notó mas novedad en el pulmón y corazon que la que se nota cuando los animales mueren por hemorragia.

El segundo caso tuvo lugar el dia 11 de diciembre del

mismo año, en un potro de destete, de ocho meses, también inglés, hijo de la yegua Fulgora (que fué de D. José de Salamanca), y del caballo Neuvermonger; ambos de pura sangre, tuvo lugar en el mismo sitio, con iguales circunstancias, encontrándole muerto á mi llegada, cuya necropsia dió iguales resultados.

Reflexionando sobre la causa que podía haber dado lugar á la muerte de los referidos potros, despues de haber examinado el pasto del cercado donde se hallaban, no encontré otra que el demasiado declive de todo el terreno, cercado por una parte de empalizada y por otra limitado por el caz, de modo que por todas partes no habia otra cosa que una ladera en bastante cuesta; siendo suficiente este exceso de plano inclinado para que en las continuas carreras que dan los potros cuando gozan de buena salud y robustez, al mismo peso de las vísceras causando algunas tracciones el mesenterio sobre los órganos, á quienes se adhiere, dieran lugar á la rotura de la vena porta en el punto en que toma el nombre de *seno de la vena porta*.

El resultado fué que desde aquella fecha no se volvieron á colocar en aquel punto yeguas paridas ni potros de destete y no hemos tenido que lamentar pérdida alguna por lesiones de igual naturaleza que las ya mencionadas.

Ahora bien ¿podrán diagnosticarse con precision semejantes lesiones aunque la rotura del vaso fuese demasiado pequeña que diere lugar á una muerte lenta? Cuando las hemorragias tienen lugar en las grandes cavidades espánicas, como las pleuras ó el peritoneo, no es posible diagnosticarlas con la facilidad que lo hace Mr. Rogers, supuesto que el sintoma único es la presencia de la sangre en nuestros sentidos, y como en estas cavidades no hay una comunicacion tan fácil con las membranas mucosas, como sucede en las del aparato urinario, genital y respiratorio, resulta que la sangre se halla siempre contenida en los grandes serosos, exceptuando los casos en que hay ulceraciones en los órganos que envuelven y que establecen la comunicacion con una membrana mucosa.

Lo poco concluyente de la observacion de Rogers nos hace sospechar si la causa que dió lugar á la hepatorexia fué alguna hepatitis, congestión ó hiperhemia, que produjera la division de la serosa de un modo repentino, dando lugar á una exhalacion sanguinea en el peritoneo, ó bien obstruccion de la vena porta como hemos manifestado antes, y que fuese sumamente pequeña la rotura.

En el primer caso podrian tener alguna influencia, las preparaciones saturninas para contener los progresos de la hemorragia, poniendo á la sangre y á los órganos en condiciones poco favorables para su salida fuera de sus vasos; pero en la hemorragia por rotura todo es inútil. Atiende tanto por la gran importancia de estos vasos como por el estar fuera del dominio de la cirugía. Nuestro antiguo catedrático de patologia D. Carlos Risueño, nos repetía muchas veces que los *Monsiæres* y *Misteres* eran muy amigos de novedades y que muchas de sus observaciones eran forjadas en el bufete sin el menor aviso de realidad, por lo que era necesario siempre mirarlas con prevención y sujetarlas á nuevos ensayos antes de dejarse seducir por vanas teorías, por cuyo motivo he presentado los dos casos de rotura de la vena porta que he recojido en mi práctica por si se les considera con alguna relacion con el descrito por Rogers. — Aranjuez 22 de marzo de 1855. — Pedro Cubillo.

CUESTION DEL HERRADO.

Alar del Rey, 12 de marzo de 1855.

Señores Redactores de de *El Eco*:

Muy señores míos: El corto tiempo que hace me separé de Madrid con objeto de buscar un punto á propósito para establecerme en estos alrededores, me ha proporcionado ocasion de remitir á Vds. algunas observaciones respecto de la facultad.

En todas las provincias del Norte de España y en particular las que comprenden la carretera de Palencia á Santander, el comercio, la agricultura, etc. no se hallan servidos por otros animales, que los del ganado vacuno; si algun veterinario determinase establecerse en cualquiera de estos puntos, no puede separarse absolutamente, si quiere comer, del doloroso recurso de herrar bueyes, ó tener dependientes que lo bagan en su lugar. Para poder llevar á cabo este ejercicio, sin bajas y con el decoro que exige la moral veterinaria, seria preciso, indispensable, desterrar un poderoso resorte que mas que ningun otro entorpece el progreso en este pais del concepto que se merecen nuestros profesores. Me refiero á los herradores de buyes. Sin ponerme á hacer una historia por completo de su conducta social, (porque deben Vds. presumirse la que observarán personas que carecen de ilustracion) me limitaré á señalar solamente los puntos mas capitales por los que estos nuevos *vampiros* debilitan el bienestar de los profesores.

1.º Privan á estos hasta cierto punto del único recurso para subsistir, (del herrado) porque se disponen á todo género de bajas que nunca aceptarían los segundos.

2.º Curan, cuando llega el caso, hierran mulas, etc. á no ser que esté siempre á su lado el que pueda prohibírselo.

3.º Y lo que nunca hace una persona que sepa lo que es delicadeza, es, que armados de una cesta en la que colocan todos los instrumentos, se les ve, en los caminos, parándose detrás de los carreteros, para quererles herrar el ganado; á estos casos tendrán que recurrir los veterinarios si quieren comer, á que en lugar de tales, les den el título de herreros. Ahora bien, mientras los pueblos tengan en menosprecio á un hombre que hierre y que para todo puedan disponer á su autojo ¿se sujetarán á las proposiciones que les haga un profesor, aunque este les sea útil? creo que muy difícilmente, y aunque estas le fueran admitidas, seria preciso que en cada pueblo donde se encuentra uno de aquellos, se estableciese tambien un veterinario, que en los mas nunca podria utilizarse para una subsistencia mediana. Muchas razones podria alegar para comprobar que semejantes revalidas, son perjudiciales á la agricultura, al honor de la Veterinaria y á los profesores. Y si fuera preciso remediar tan señalados males para la ciencia particularmente en este pais ¿qué medios les parece á Vds. deben emplearse para conseguir la anulacion ó al menos suspension del examen de herradores de buyes, hasta un arreglo completo de la Veterinaria? ¿Les parece influirá un comunicado en su ilustrado periódico, en el que se espiguen las razones mas detalladamente? dirigir me á alguno de los jefes de la escuela haciéndole las observaciones correspondientes? ¿ó una esposicion dirigida al ministerio y firmada por varios profesores?

Tales son las observaciones que tenia que hacer á Vds. y á las cuales me tomo la libertad de solicitarles su parecer, ofreciéndome su afectísimo y S. Q. B. S. M.—*Jose del Moral* (1).

Conclusion del escrito de D. José Prada y Guillen.

(Véase el número anterior.)

Si se considera detenidamente cual es el objeto del arte de herrar y los conocimientos que deben adornar á un buen herrador, no se verá tan posible la separacion de que se trata, porque está unido á la parte científica de la facultad con lazos tan indisolubles, que de su aislamiento resultaria la mutilacion de ella y la insuficiencia é imperfeccion del arte. Con efecto; la aplicacion metódica de la herradura al casco de los monodáctilos no se hace únicamente, como Vds. saben muy bien, señores Redactores, para impedir el desgaste de la caja córnea, como se hacia y creia en la antigüedad, y como aun en el dia se hace y se cree por algunos de los que hierren. La aplicacion metódica y científica de la herradura impide el desgaste del casco; conserva su bella conformacion cuando la naturaleza lo ha dotado de ella; corrige los defectos y vicios de conformacion que en esta region se presentan, ya sean naturales, ya accidentales ó ya adquiridos; previene, palia ó cura las enfermedades del casco, bien sean debidas á la aplicacion inmetódica de la herradura ó por cualquiera otra causa. Esto, por lo que respecta al casco, por lo que corresponde al resto de las extremidades, la herradura metódicamente aplicada conserva los buenos aplomos de todos los radios de ellas, cuando el animal los tiene, y si carece de ellos, la buena aplicacion de la herradura, les hace adquirir esos buenos aplomos, si es herrado á tiempo, ó cuando menos palia muy considerablemente las faltas de ellos: por medio de la buena aplicacion de la herradura se previenen, curan ó palian tambien el mayor número del gran catálogo de enfermedades que por desgracia se presentan con tanta frecuencia en el resto de las extremidades de los animales.

Creo que nadie podrá con razon poner en duda que este es el objeto del arte de herrar, por lo que me he limitado á enumerar las diferentes indicaciones que puede satisfacer el profesor al practicar la operacion del herrar, sin alegar mas pruebas, porque tengo el convencimiento de que son evidentes; mas si alguno dudase de ello estoy pronto á probarlo científicamente. Ahora bien, si este es el objeto del arte de herrar, el profesor que al practicar esta operacion no lleve la mira de satisfacer con ella cualquiera de las indicaciones mencionadas, obra rutinaria y empíricamente, desconoce su deber y la misión que le impone su título y que tanto derecho tiene la sociedad á exigir de él.

Para llenarlo cumplida y dignamente, debe estar adornado por consiguiente de mas conocimientos que los que generalmente se cree deben poseer los que ejercen esta importantísima rama de la Veterinaria. Así que, sin un estudio detenido y profundo de la anatomía, fisiología, anatomía patológica, exterior y patología de los animales susceptibles de ser herrados, estudio que debe hacerse,

(1). Estamos esperando, Sr. Moral, que la Academia tenga á bien constituirse para abordar esta y otras cuestiones. — L. R.

no solo del casco, sino tambien de todas las extremidades, es completamente imposible satisfacer esas varias indicaciones, no es posible herrar bien; pues no basta que se sepa poner una herradura sin que el animal se resienta inmediatamente de su aplicacion; es necesario algo mas, como ya he dicho; y así es, que un herrador instruido jamás herrará dos animales de igual manera, y aun en uno mismo variará su proceder en cada una de las extremidades, porque en todas ellas encontrará una nueva indicacion que satisfacer, un nuevo vicio ó defecto de conformacion que corregir ó paliar, una nueva enfermedad que prevenir, curar ó paliar, lo que no podrá conseguir careciendo cuando menos de los conocimientos referidos.

Si este es el objeto del arte de herrar, y si estos son los conocimientos mas indispensables que debe poseer todo buen herrador, ¿cómo efectuar la separacion apetecida? Se me contestará por algunos: formando una clase de profesores perfectamente instruidos en esos conocimientos anatómicos, fisiológicos, etc., de que habeis hecho mencion, cuyos conocimientos formarán la base de la teoria del arte de herrar, que bien aplicados en la práctica, bastarán para satisfacer esas indicaciones de que tambien habeis hablado al hacerlo del objeto del arte de herrar.

Si esto fuera posible convendríamos desde luego; ¿mas cómo habian de adquirirse estos conocimientos? ¿Cómo habia de hacerse este estudio? ¿Se empezaria por el estudio descriptivo de las partes que componen al casco y resto de las extremidades, de las funciones que ellas ejercen, de las enfermedades que padecen etc.?

Creo que no; porque este estudio seria insuficiente; y á mas de insuficiente incomprendible, por lo que seria necesario que fuera precedido de las ideas de anatomía general que dá á conocer los tejidos primitivos que componen la organizacion, sus propiedades, sus diferencias y su diversa naturaleza; haciendo lo mismo con el estudio de la fisiología, de la patología, etc. Mas ¿se puede hacer este estudio *parcial* de la anatomía general y descriptiva y lo mismo de la fisiología, patología, etc. del casco y de las extremidades y que este estudio sea tan completo y profundo como es necesario? Me parece que no. Es cierto, ciertísimo que existen hoy tratados especiales para la enseñanza verdaderamente científica (no rutinaria, ciega) é incompleta, que es lo que poseen *tantos herradores* del arte de herrar, que absolutamente nada dejan que desear en su desempeño al *médico quirúrgico veterinario herrador*; pero no sucede esto mismo al *herrador*. No blasonamos de grande instruccion; mas sin embargo, nos cabe la suerte de haber dado mas de una ojeada (y no rápidamente) por los preciosos libros de Lafosse, padre, (nueva) práctica de herrar los caballos), Girard (tratado del pié del caballo) Bouley (tratado del pié del caballo) Rey (arte de herrar) y otros, y por lo mismo no ignoramos como están tratadas en ellos las cuestiones de anatomía, de fisiología, de patología, de higiene y de arte de herrar. Estos excelentes libros, completos si se quiere, no dejan nada que desear al profesor instruido, al hombre de conocimientos generales en la ciencia médico-quirúrgico-veterinaria, respecto á la organizacion, funciones y enfermedades del pié, así como de la aplicacion de estos conocimientos al arte de herrar. Mas estos mismos tratados (cuyo indispensible mérito somos los primeros en reconocer) son insuficientes, incompletos, y sobre todo, ininteligibles al

simple herrador. Con ellos solamente no se puede enseñar, ni aprender bien á herrar; porque todos ellos están escritos para veterinarios herradores, para hombres en los que los AA. suponen conocimientos de anatomía general y descriptiva y lo mismo de fisiología, de patología, etc. y no para personas extrañas á estos conocimientos, como por necesidad tienen que ser, (según hoy se pretende) los que en adelante se dediquen al arte de herrar, ó sean los simples herradores.

Yalo hemos dicho mas arriba: no bastan los conocimientos suministrados por el estudio descriptivo de la organizacion, funciones, enfermedades, etc. del casco y de las estremidades, como lo hacen estos AA.; para ser buenos herradores, es necesario é indispensable que estos conocimientos estén basados y vayan prendidos de las ideas de anatomía, de fisiología y de patología general y otros, sin lo cual es completamente imposible comprender esos tratados, y por consiguiente imposible tambien satisfacer la multitud de diferentes indicaciones que al buen herrador se le presentan con bastante frecuencia en su práctica.

Las partes que constituyen la organizacion de los seres vivientes, están tan intimamente enlazadas entre si, tienen relaciones tan mútuas que no permiten efectuar ese estudio *parcial*. Por eso para la adquisicion y esposicion de los conocimientos de las diferentes partes que forman ese cuerpo de doctrina á que se ha dado el nombre de ciencia Veterinaria, se necesita un método, un orden riguroso, porque esas partes guardan un enlace, un encadenamiento mútuo las unas con las otras, que hace imposible la enseñanza aislada de cualquiera de ellas, y si alguna vez se ha intentado en medicina ese aislamiento, la experiencia ha demostrado bien pronto que era imperfecto y defectuoso.

Si jamás se hubiera intentado, ni llevado á efecto en medicina humana esa multitud de divisiones y subdivisiones que se han hecho de ellas, mucho mas hubiera ganado la humanidad, la ciencia y la clase médica.

La separacion de que se trata, no es prudencialmente posible en teoría, ni en la práctica.

No es prudencialmente posible en teoría, porque para enseñar y aprender esta parte de la Veterinaria, se necesitan los conocimientos preeliminares de la ciencia de que ya hemos hecho mención, los cuales, no se pueden adquirir aisladamente por el enlace mútuo que existe entre todas las ramas de esta ciencia.

Si en teoría no es posible su aislamiento, ¿cómo lo ha de ser en la práctica? y téngase muy presente, que no quiero decir con esto que un profesor veterinario, luego que lo sea, no pueda practicar separadamente el arte de herrar, con preferencia á las demas partes de la ciencia (como hay médicos-cirujanos que se dedican con mas predileccion al estudio y á la práctica de las enfermedades de la mujer, de los niños, de los ojos, venéreas, etc. etc.); pero para ello ha de poseer esta en toda su estension y cuanto mas completa sea su instruccion, cuanto mas, estensa y profunda sea esta, tanto mejor practicará el arte de herrar, tantos mas adelantos podrá hacer en él.

Si este arte fuera únicamente una parte de la higiene Veterinaria; si la aplicacion de la herradura se hiciera solamente con el objeto de impedir el desgaste del casco y conservar su buena conformacion, quizá entonces seria factible separarle de la Veterinaria, aunque con dificultad. Si fuera nada mas que una parte de la ortopedia Ve-

terinaria, tambien seria casi posible su segregacion; mas todo el mundo veterinario sabe, y nadie puede poner en duda, que á mas de ser una parte de la higiene y de la ortopedia Veterinaria, lo es al mismo tiempo y con mas estension de la medicina operatoria; esta es una rama importantísima de la ciencia, sin ella la ciencia seria incompleta y manca, por decirlo asi; asi como la medicina operatoria, seria incompleta y defectuosa sin el arte de herrar, como sin cualquiera de las operaciones que ella enseña.

Por mas que se diga por los partidarios de la separacion, que en muy pocas circunstancias el veterinario tiene que recurrir el arte de herrar para curar ó paliar las enfermedades del casco y miembros, yo apelo al buen juicio, á la conciencia y á la razon de todos mis profesores, aun á la de aquellos que tales principios han consignado, para que poniendo la mano en su corazon me digan; si esto es cierto; si lo creen como lo han dicho: creo que no: creo que hay alguna exageracion en esa manera de decir.

He procurado probar en este escrito que es imposible *prudencialmente* separar el arte de herrar de la Veterinaria, porque está unido á la parte científica de esta facultad con lazos indisolubles. No se si lo habré conseguido; el público me juzgará.

Mientras tanto, yo suplico á todos mis profesores, particularmente á aquellos que por sus conocimientos especiales en la materia, se encuentran en aptitud de ilustrar esta importantísima cuestion, que, con franca y noble lealtad emitan sus ideas en asunto tan trascendental. Mi ánimo al hacerles esta súplica, es aprender; porque si sus ideas están en pro de mi opinion, me corroboraré mas y mas en ella: si están en contra, y son de un valor científico superior al que sirve de base á la mia, la rectificaré ó modificaré.

Las ideas que acabo de esponer, son las mismas que he procurado inculcar siempre en el ánimo de mis discípulos en los cinco años que llevo en el desempeño de la cátedra de tercer año de la escuela subalterna de Veterinaria de esta capital; con lo cual he creído hasta hoy cumplir con mi deber. Ellos saben muy bien que en mis esplicaciones, al tratarse de este punto, como de todos los concernientes al arte de herrar, que es una de las asignaturas de dicha cátedra, he tratado constantemente no ser exagerado: he procurado, si, decirles la verdad: no engreirlos con la perspectiva de un porvenir demasiado halagüeño, que por desgracia no ofrece hoy el ejercicio de nuestra facultad, inculcarles el amor al estudio y al trabajo: que ante todo es la ciencia, despues el arte: mas le he advertido que en su práctica y al establecerse han de tropezar con mil obstáculos, con mil preocupaciones, con mil costumbres absurdas nacidas de la impericia y mal comportamiento de la generalidad de los que nos han antecedido en el ejercicio de nuestra ciencia; pero que la manera de ir destruyendo esos obstáculos, esas preocupaciones, esas costumbres, en fin, es demostrando al mundo, patentizando al vulgo (y llamo vulgo á todo el que no entiende de una cosa) que entre aquellos y nosotros hay una inmensa diferencia: que nuestra educacion científica y social es distinta de la de ellos lo cual debemos probar con nuestro buen comportamiento y cumplimiento de nuestros deberes facultativos: que esto no se consigue en un dia, pues es obra del tiempo y sobre todo

de los hechos, ante cuya poderosa fuerza todos bajan la cerviz, é inclinan la frente.

Por no involucrar las cuestiones me abstengo por ahora de entrar en consideraciones respecto á la conveniencia de la separacion del arte de herrar que es el segundo extremo que Vds. fijan; reservándome hacerlo, si fuere necesario, en otra ocasion.

Voy á concluir; pero antes quiero emitir una idea que me ocurre. Puesto que se desea dar á la cuestion de la separacion del herrado un giro verdaderamente científico y mesurado y que se trate con la circunspeccion y gravedad que reclaman las cuestiones de esta especie (que es como siempre debió haberse ventilado); yo desearia que los partidarios de la separacion nos presentaran un plan, un programa en el cual se espresaran y deslindaran perfectamente las materias que para llevar á cabo esa separacion debia estudiar el veterinario y las que debia estudiar el herrador y que nos dijeran: «He aquí los límites de la instruccion y atribuciones del veterinario; he aquí los límites de la instruccion y atribuciones del herrador.» Así se fijaria la cuestion; así sabríamos cada cual á qué debíamos atenernos al esponder nuestras ideas sobre el particular; y así en fin se procederia con claridad.

Porque no sirve destruir si de antemano no se disponen y preparan los elementos que despues han de servir para reorganizar.

Ruego á Vds. señores Redactores, se sirvan dar cabida en su apreciable periódico á este escrito, por lo que le dágracias anticipadas su afectisimo amigo y companero Q. B. S. S. M. Córdoba 15 de marzo de 1855.—José de Práda y Guillén.

Señores Redactores de *El Eco de la Veterinaria*.

Muy señores míos: Siento molestar la atencion de Vds. en un tiempo en que mi pluma estaba ya dormida y abandonada en la persuasion del poco fruto que de su trabajo podía sacar; pero habiéndola despertado del letargo en que yacia, un segundo mariscal del regimiento de España, me dirijo á Vds., tanto por favor como por derecho, para que se sirvan insertar en su apreciable periódico las siguientes líneas.

Antes de entrar en polémica prevengo, que le voy á contestar como amigo, pues aunque conozco que no debe honrarse con la amistad de un pobre pelele como yo, me basta observarle interesado por la ciencia, para apreciarle como tal. En el núm. 61 de *El Eco*, último recibido á esta fecha, se sirve dicho mariscal (D. Pedro Santamaría Marco) incluirme gratuitamente en los herro-maníacos, é interpellar para que le digamos: «Si el mal de la profesion consiste en la sociedad, ó en nosotros (habla en general); si en lo poco que vale la profesion, ó en lo mucho que vale la herradura.» Voy á contestar á mi amigo con la franqueza é imparcialidad que me caracteriza, poniendo por introito una letrilla, tambien algo rancia, tal como la aprendí de oído, y es como sigue:

Hortolano fué Cogote

en las huertas de Valencia;

la necesidad obliga

al hombre, lo que no piensa.

Aun cuando no considero necesaria la esplicacion de esta letrilla, diré para ser esplicito: que á *fortiori*, y no por inclinacion ni voluntad, abrazamos los hombres cier-

tas cosas, y esto justamente nos sucede á muchos en la cuestion del herrado.

Ahora voy á poner á continuacion otro versillo, que es parto mio aunque no soy poeta ni mujer, y es el siguiente:

La pasion, al hombre ciega
en algunas ocasiones,
y con falsas ilusiones
por mal camino le lleva.

Haré tambien de él mi poquita esplicacion diciendo: que el intenso deseo para conseguir algunos fines altamente justos y necesarios, nos suele hacer equivocarnos en los medios que escogitamos para la consecucion. Constituidos los dos versos como puntos de mi sermon, proseguiré interrogando á mi amigo Santamaría ¿dónde ha aprendido que yo pertenezco á los herro-maníacos? ha sido acaso por dos palabras de las de mi comunicado? pues yo le digo que esas dos palabras son emanadas del afecto que tengo á la profesion y á mis comprofesores, y que faltaria á mi conciencia y al deber que me impone lo refarido, si no me esplicara del modo que lo hice, pues tengo un convencimiento de que si ahora padecemos como dos, con la separacion del herrado seria como cuatro; y si ahora nos lamentamos de la situacion ciento, luego se lamentarian mil, y el mal y la inmoralidad, acrecerian escandalosamente así entre los veterinarios como entre los herradores. Si D. Pedro Santamaría supiera la extraordinaria aficion que he tenido á las letras desde mi infancia, y que á los 16 años de mi edad renuncié á la oficina de Vulcano (oficio de mi padre) despues de haber aprendido lo suficiente para proporcionarme en ella mejor subsistencia que la que he logrado con la facultad, haciendo en cinco años un estudio y gastos poco comunes en los de mi clase, ¿cómo se atreveria á calificarme de herro-maníaco? si él mismo viera mi brazo delicado aunque sano y nervioso, dedicado casi continuamente á los martillos y tenazas en las alternativas de adobar, herrar, y forjar, aun para otros compañeros, sacando de todo ello para comer mal y vestir peor ¿cómo habia de formar tal idea de mí? Compadezco su error en vez de incomodarme, pues se puede decir que ha sido lo mismo que llamar romano a un cartaginés.

Respecto á si tiene la sociedad, ó tenemos nosotros la culpa del mal estado de la facultad, voy á responder lo que se me alcanza por esperiencia y conocimiento. En las grandes poblaciones y en las medianas, puede haber contribuido mucho la inmoralidad de algunos profesores, pues como hay muchos, y á la mayor parte de ellos se les debe suponer regularmente instruidos, es claro, que aquellos que menos interesan por sus servicios se adquieren mayor clientela con perjuicio de los otros; pero ¿y en los pueblos que hay pocos y poco instruidos, en los que no somos mas que uno y con el debido carácter, y en los que no hay ninguno, necesitando de él, y ni buscan, ni le admiten si exige alguna garantia, ni se valen de los que estamos inmediatos, siendo así que se les proponen iguales muy módicas, y se les lleva por apelacion la mitad de los que marca el arancel? ¿esto es culpa de los profesores ó de la sociedad? el estar un hombre instruido al lado de otro inepto y hallarse el primero postergado é infeliz por no acceder ni sucumbir á las bajezas del segundo ¿es culpa suya ó de la sociedad? ¿pues no debe la sociedad interesarse en que la sirvan profesores instruidos aunque cuesten algo mas que los que no lo son? Respóndame Vd.,

señor de Santamaria con tanta ingenuidad como yo respondiendo á lo que me pregunta. ¿Qué me dirá Vd. al saber que hace cuatro años que estoy establecido en este pueblo, y que á esta fecha hago la cuenta de haber salido con un real diario de honorario facultativo? ¿y qué habiendo algunos pueblos limitrofes sin profesor no he tenido todavía una apelacion? ¿y que le aparecerá á Vd. que me pasa en el mismo pueblo cuando siendo único profesor, pobre y con dignidad, he tenido que dar aviso al público para que á escepcion de unos pocos igualados que tengo, no me venga ninguno con caballerías enfermas? ¿es esto culpa del pueblo ó del profesor? si para cobrar una peseta es necesario hacerse descarado, tener una desazon, ó entablar una demanda ¿cuánto mejor es rehusar el servicio facultativo? ¿y en tales casos? ¿es culpable el profesor ó la sociedad local? Pues, amigo mio, yo entiendo que estas sociedades locales son una verdadera muestra de la sociedad general en nuestra facultad.

Ahora me ocurre el que Vd. dirá, puesto que cae á pelo, que por lo mismo que he referido se trata y pide por Vd. y otros la separacion del herrado, para que la facultad tenga mas mérito en todo sentido; pero, ¿se remediaría el mal con esa medida? yo creo que se aumentaría mucho, como ya he dicho, principalmente en la actividad en que nos hallamos y nos hallaremos, si el Gobierno no nos protege. Voy á dar la prueba de mi asercion porque á mi ver así es como se convence: separado el herrado de la ciencia, las consecuencias más probables serian las siguientes: aglomerarse los profesores en las grandes poblaciones, puesto que las pequeñas poco ó nada prometen; no podian contar para su subsistencia mas que con la triste visita, alguna operacion, reconocimiento etc.; y por ventura, ¿son los casos en veterinaria tan frecuentes y lucrativos como en la medicina y cirugía humana? supongo se me contestará no; pues en la especie humana hay casos que le valen al facultativo miles de reales, y quedan agradecidos los clientes, mientras que en veterinaria si llegan á veinte reales los honorarios (principalmente en los pueblos) suele costar una desazon ó andar en justicia, y el que los paga una vez no suele volver á valerse del profesor aunque se le desgracien todas las caballerías que tenga. Luego, visto el poco aprecio que hacen de nosotros ¿qué podemos prometernos en la separacion del herrado? ¡mayor miseria! ¡mayor calamidad! Yo estoy bien persuadido de las buenas aspiraciones de los partidarios de esta separacion, así como estos deben conocer tambien que casi todos los que la rechazamos, estamos conformes con ellos en los fines, aun cuando no en los medios, y aseguro que entre profesores de larga práctica y experiencia, será raro el que lo apruebe. ¿Y es posible que no se discurra otro medio más eficaz y favorable para nosotros y para la Nacion entera? ¡me ruborizo al considerarlo! O es que la cuestion presente nos tiene absorbida toda la atencion, ó no se espera nada del Gobierno, y si así no sucede, dudo el por qué algun hombre de los de talento y prestigio no ha propuesto ya el único plan de reforma facultativa, moral y material que admiten las circunstancias presentes y que puede conciliar el bien de toda la clase con el de toda la Nacion.

He dicho bastante para lo que cabe en un triste albitar, y así concluyo ofreciéndome como siempre su atento S. y S. O. B. S. M.

Nava de Ricomalillo 30 de marzo de 1855. — Telesforo del Valle.

CONTESTACION A LA EPISTOLA AMATORIA DE D. ESTEVAN

ANTONINO GARCIA.

(Véase el número 61.)

(Conclusion)

Antes de pasar mas adelante, exige la tranquilidad de mi conciencia que tenga el público noticia de ciertos sucesos que, hé los aquí:

Se ha recibido en la Redaccion de *El Eco* una comunicacion fechada en 16 de marzo y firmada por D. Estevan, á la cual acompaña el remitido en cuestion de este profesor. Al propio tiempo manifiesta D. Estevan que *causas independientes de su voluntad* han impedido se recibiese antes su escrito, é insiste en que se publique.

«Era, pues, falso que se nos hubiera dirigido el comunicado; y, por otra parte, D. Estevan no tenia culpa de que no llegase á nuestras manos.»

Habíamos emprendido ahora su publicacion casi de buena gana, ya que D. Estevan se obstina en ello hasta el punto de creer que así salva su dignidad; mas como que al refutarle hemos ido reproduciendo por párrafos todos sus pensamientos y aun sus mismas palabras, hemos resuelto escusarnos una repeticion tan difusa, ya que, por desgracia, nos obliga á llenar *El Eco* con cuestion de esta especie la pedanteria de unos cuantos presumidos. Con efecto, y va de digresion; hay profesores que, acaso por lucirse, han dado en la gracia de recurrir con sus insultos ó razones al *Boletín*, en queja de *El Eco*. Esta conducta no tiene excusa, es *pedante*; porque si de *El Eco* tienen fundados motivos de resentimiento, solo los lectores de *El Eco* conocerán de las causas; luego bastaría á dichos profesores, no siendo *pedantes*, dar sus explicaciones en *El Eco*. Pero no, señor: saben muy bien que el *Boletín* acogió el célebre remitido de ISASMENDI, el imponderable del albitar D. AGUSTIN GAL, no recordamos si otro de un albitar que amenazaba indirectamente con el asesinato, la inimitablemente chusca PROPUESTA CON RETINTIN de D. Francisco Javier Berdonces (probablemente albitar), etc. etc. etc. etc. etc. saben todo esto, y saben además que el *Boletín* no inserta todos los escritos que le son algo desfavorables, por consiguiente, que no insertará cierto género de contestaciones, como ha sucedido con la dada á la PROPUESTA CON RETINTIN. Tontos por demás serian nuestros adversarios si no acudiesen al periódico *machucho* cuando tengan que hablarnos: que, al fin, si de *El Eco* quedasen mal parados, ahí está el *Boletín* que nos cerrará las puertas y los lectores del *astuto semineutral*, si no leen *El Eco*, quedarán con la boquita abierta. ¡Y diráse todavía que el *Boletín* y sus comunicantes no lo entienden! Pues, señor *Boletín*, señores comunicantes del órgano *viejo*, tendreislo entendido:

«O de Móstoles el órgano

entre sus tonos da un trueno,

se alimentan sus músicos,

en lugar de pan, con heno.

Baste ya de preliminares, y volvamos á nuestro negocio.

Recuerdo, D. Estevan, que allá en la última session, en el número 61 de *El Eco*, andábamos tratando de probar que la moralidad preceptuada por Vd. podria tener sus inconvenientes. Sigamos, Sr. D. Estevan, porque esto merece alguna detencion. ¡La moral es importantísima á todo el mundo; cómo no lo ha de ser para un moralista!

Presumo, Sr. D. Estevan, que, á propósito de moralidad, solo podria yo ir hablando de las grandes virtudes de D. Nicolás Casas, escribiendo y vendiendo sus obras, y cuenta que yo, á imitacion de Volney, coloco entre las virtudes el saber humano.

Antes, D. Estevan, solo me habia propuesto citar el casillo, la ocurrencia de D. Nicolás sobre el *ergotismo*: pero hay tanto que decir, que no puede uno pasarse en silencio algunas cosas, por mas que á V. parezcan insignificantes. Si me da gana de abrir la cácareada *traducción* de D. Nicolás al *Diccionario de Delwart*, por dónde no hallaré motivos de asustarme?—¡Vaya! Dejémoslo á un lado, y echémos mano á la *traducción* del *Brôgniez*, *incompleta y completada con el Atlas* de don Nicolás, su auxiliar indispensable?—¡No! ¡Indigna lo que D. Nicolás ha hecho con este libro! ¡Quilido!

¡Volvámos, volvámos, Sr. D. Estevan, al *Diccionario*! ¡lo abriremos una vez ya tan solo, en por dónde el se abra! ¡Santo Dios! aquí da la fórmula del líquido de Villatte!... Pues, yo con la fórmula del líquido de Villatte ¿sabe Vd. señor don Estevan, la *traducción* que ha hecho el señor don Nicolás? *Risum teneatis amici*! ¡Y aun dirá V. que estas cosas no deben publicarse! ¡Quéle importa á D. Estevan la ocultación de estos pecadillos! ¡Es tal D. Nicolás, Sr. D. Estevan, que el mejor día, si el quiere, nos encanta de un *coup de pied*!

¡A estos hombres, sin embargo, quiere el señor D. Estevan, en su moral sublime, que les seán guardadas consideraciones; que se callen sus atrocidades; que lo abandonemos todo á sus destructoras consecuencias! ¡Oh D. ESTEVAN!

Pregunta suelta, aunque no venga al caso, se me ocurre á D. Estevan, y perdón V. este entre paréntesis: Si se pusiese en un puesto importante de la Veterinaria algún profesor, que á su conducta privada de par y de pedante, de fútero, de plagiario, de comerciante de mala fe, de embaucador de oficio, de charlatan y estúpido; si ese hombre, por su posición, fuese capaz de influir bastante sobre nuestra desgraciada clase, si rompiera á la ciencia con su pluma y las ciencias con su inmoralidad; entonces, Sr. D. Estevan, ¿ese hombre, cuyos instintos de tigre necesariamente revelarían el abultamiento de sus sienes, los ojos de fúma darian á conocer al menos fisonomista toda la infame ratería del animal que tenía delante de su vista, á ese hombre, repito, ¿le concedería Vd. un vale de impunidad?—¡No, Sr. D. Estevan! Ese infame llamado hombre se habria hecho acreedor á la maldición eterna de todo el que se precie de honradez; y ¡lejos del merecer censura, quien hiciese patentes tantos y tan abominables vicios, maldición eterna debiera recaer también sobre el que tuviese de ellos conocimiento y no los espusiera á la execración pública y á los rigurosos efectos de las leyes! ¿Qué tolerar la libre existencia de tales impíos y repugnantes seres, equivaldría á convertirse en un mal ciudadano, en herege, en cuanto hay de inicuo!

Bueno será que yo advierta, para la debida tranquilidad de mi prójimo, que todo el contenido del párrafo anterior es una mera suposición, sin alguna personal... y traída únicamente, como es del cabello, para probar á D. Estevan que, no inocencia, sino virtud es perseguir y desenmascarar las fealdades de los feos perjudiciales.

Si le parece á Vd., Sr. D. Estevan, podemos continuar haciéndonos cargo de lo demás de su escrito. ¡Eal prosigamos!

Con que Vd., Sr. D. Estevan, tiene la habilidad de ser gracioso? ¿Posee Vd. el dialecto gallego?—¡Sabe Vd., D. Estevan, que el cuento de las patatiñas es capaz de hacer reír, lo menos, á D. Estevan Antonino García?

¡Pero sobre todo, la alegoría, Sr. D. Estevan! Es posible que haya Vd. estudiado con sumo aprovechamiento

nuestros AA. clásicos, cuando tal ejemplo de esa preciosa figura retórica nos ofrece! Sabed, lectores, que la poética imaginación de D. Estevan compara nuestra *traducción del Diccionario de Delwart* con la *folia galleguina*; las *adiciones y reformas son, para él, BERCINAS, PATATIÑAS, etc.*; el *conjunto*, un *rote galecu*. Y habéis de saber lectores que todo esto lo dice D. Estevan, el moralista, sin haber leído probablemente una sola página de nuestra *traducción* (1), ó lo que es lo mismo, sin saber lo que se dice. ¡Tal es la moralidad de D. Estevan! En nada se funda, nada demuestra; pero chilla é insulta en cambio, y vayase lo uno por lo otro.—Oh, Sr. D. Estevan, podrá Vd. ser un excelente sugeto, y yo así lo creo; pero, ¡qué pifas, Sr. D. Estevan, no está Vd. dandol!—Cuando nosotros hemos dicho, señor D. Estevan, que la *traducción* hecha por D. Nicolás es bastante mala, malísima, estábamos dispuestos á probarlo ante un jurado de acusación; mas Vd., Sr. Don Estevan, ¿qué podrá probar de lo que aventura entre insultos y gracias galleguinas?—Tenga Vd. cuidado, D. Estevan; el hombre celoso de su honradez, cuando ataca á otro no debe mentir, ni acusar sin fundamento alguno.

Por todo lo que llevo contestado, ha podido Vd. comprender, Sr. D. Estevan, que su remitido presenta los ridículos, burlescos y severos por donde puede rebatirse con justicia y con buen éxito.

Ahora bien, Sr. D. Estevan, continúo el análisis empezado, ó dejo de impugnar á Vd., si quiera tenga en cuenta la desgraciada equivocación que á Vd. le ha impulsado, y la conveniencia suma de poner término á estas desagradables reyerías?—Hárelo así, Sr. D. Estevan, confiado, como estoy, en que la profesion entera reconoce el error de Vd., en que Vd. mismo lo reconoce también, y finalmente, en que debemos emplear mejor el tiempo y el período.

¡Digo!—Vuelva Vd. á leer su remitido, y no podrá menos de convenir en que todas sus acusaciones carecen de fundamento: en que ha juzgado V. todos nuestros hechos y palabras torcida ó preocupadamente; en que no ha penetrado Vd. ni nuestras intenciones ni la significacion de lo que hemos dicho; en que ha procedido Vd. seducido, arrastrado por una pasión enojosa, poniéndose hasta tal punto en manos de sus contrarios, que me sería en extremo fácil hacer aparecer á Vd. como un hombre que no sabe leer ni pensar, ó que no ha querido pensar ni leer con la delicada detencion que necesitaba hacerlo.

Pero no, Sr. D. Estevan: para mí es de gran valor la declaracion hecha por D. Santiago Mateos en favor de la intencion de Vd. y de su conducta social. No tengo el honor de conocer á Vd. personalmente, y por eso me atengo en gran parte á la advertencia del Sr. Mateos; con tanta mas razon, cuando veo á este último profesor equivocarse, como Vd., respecto á la aplicacion y verdadero sentido de nuestras expresiones.—Tiene de todo la culpa el exagerado amor propio del individuo; el no estar en ciertos antecedentes; la rutinaria costumbre de dejarse guiar por algunas preocupaciones, sin examinarlas, y por determinadas personas, acaso, sin quererse convencer de la perversidad y trascendencia de sus acciones.

Apartémonos ya de esta enojosa contienda, y sirva mi conducta de ejemplo á los que tan neciamente vemos obstinados en querer lucir sus presunciones.

(1) Puesto que no es ni ha sido suscriptor á la obra, aunque he tenido la osadía de manifestar á los lectores del *Boletín* que ha sido invitado, invitador, etc. etc..

midas galas ó en hacer alarde de sus disparatados insultos.

Completaré ahora la cuestion del herrado, tal como ha sido mi ánimo presentarla, tal como yo la concibo respecto á *posibilidad y conveniencia*; é indicaré á la vez los medios que, para llevar á efecto la separacion, pudiera adoptarse. Digo que solo voy á emitir mi opinion, porque, en primer lugar, estoy dispuesto á aceptar los medios mas ventajosos, sea quien fuere el que los proponga; y, en segundo, ignoro y respeto la que mis compañeros de redaccion tengan formada en este punto, palpando, como están, mas de cerca que yo los inconvenientes que encontraria una resolucion determinada.—No se ha hablado antes de medios, á causa de que se pretendió desde el principio atropellarnos, hundirnos exclusivamente; mas precisamente al llegar á este caso es cuando se descubre el verdadero interés de una reforma que tantos disgustos ha ocasionado, que tan infundada alarma ha producido en los meticulosos ánimos hasta de respetables profesores. ¡Sea de tan grandes daños responsable quien *conintencion premeditada de causar trastornos* haya dado márgen á tamaños sinsabores.

Volveremos á repetirlo por vez última: «*Es posible y conveniente separar el ejercicio del herrado del ejercicio de las demás partes de la ciencia.*» Hay mas: «*todo buen profesor, amante de su dignidad y de sus intereses, lo desea*; toda esa exaltacion que hemos visto en los hombres de bien que han salido á la palestra, se debe á que precipitaron sus juicios, y, creyendo imposibles los medios, *no indicados todavía*, se han arrojado furiosos contra unos principios que no pueden ser destruidos.»

Decid sinó, comprofesores honrados: ¿quién de vosotros quiere constituirse en herrador? ¿quién de vosotros quiere vender su ciencia por el repugnante precio de una herradura puesta en competencia ruin? ¿quién de vosotros no reconoce en los herradores que produce la escuela de Alcalá de Henares una superioridad incontestable sobre la masa comun de los demás herradores? ¿quién de vosotros no sabe que, aun en la misma escuela superior, solo se aprende, respecto al herrado, las diversas indicaciones que este arte está destinado á satisfacer? ¿A quién de vosotros se oculta que, mientras nuestra patria solo reporta de nosotros hoy muy escasos beneficios, el veterinario instruido, el veterinario pundonoroso, aun cuando supiese herrar perfectamente, sale de las escuelas para entrar en vergonzosa lucha con el herrador mas audaz é inmoral que se le ponga al frente? En medio de esta asoladora y denigrante pelea ¿quién de vosotros, veterinarios honrados, se atreve á presumir que la profesion y la ciencia se desarrollan y viven con decoro?... ¡Ah! En todos estos puntos es positivo que todos convenimos. Y, sin embargo, se ha puesto en duda la *posibilidad y conveniencia* de separar el ejercicio del herrado! ¿Dónde está, quién es el que lo sostiene?—¡Nadie! Porque si alguien ha emprendido esa marcha, fué por suponer que se trataba de hacerlo de un plumazo.—Declárese que, ante todo, se ha de procurar el que mejoremos en posicion é intereses, y, de seguro, ya nadie hablará en contra. ¡Maldiceion! Pese nuestro resentimiento sobre quien haya motivado esa agitacion que de tal modo nos hizo estremecer!...

Entremos en materia, y no estará demas consignar hasta la saciedad que solo voy á *indicar* mi opinion, sujeta á las modificaciones convenientes.

«Dividase en dos clases generales la práctica de la Veterinaria, á saber: profesores que sepan y

puedan curar y herrar; herradores que no sepan ni puedan curar.

«Al herrador que cure se le recogerá el título.»

«En cada escuela veterinaria se constituirán tribunales para reválidas de herradores, y habrá, además, enseñanza especial de herrado.

«La enseñanza del herrado podrá darse de dos modos: ó bien bajo la direccion de un *veterinario* establecido, que durará, al menos, cuatro años; ó bien en dos años en las escuelas. Pero en todos los casos es obligatorio matricularse todos los años y sufrir el examen de reválida en la escuela.—Por cada dos años de práctica con un *veterinario* establecido, puede rebajarse uno al que quiera ingresar en las escuelas de herrado.

«Se elimina la clase de albéitares. Los actuales serán admitidos *gratis* á la reválida de veterinarios de segunda clase, mediante examen público riguroso; y si fueren reprobados, se les cangeará el título por el de meros herradores.

«Todas las escuelas veterinarias serán en adelante iguales á la actual superior.—Se declara de primera clase á los llamados veterinarios puros, sin ningun requisito previo; y se admite desde luego á la reválida de primera clase, sin exigir nuevos desembolsos, á los que son hoy veterinarios de segunda, pero mediante tambien un público y detenido examen.

«Se reclamará del Gobierno *ue deslinde de atribuciones bien detallado*, para poder castigar á los intrusos con severidad.»

Estoy bien convencido de que son necesarias otras medidas que completen y satisfagan el cuadro de nuestras justas aspiraciones. Ni se me oculta tampoco que á los herradores militares de la escuela de Alcalá convendria expedirles un título, siendo merecedores, igual al de los herradores civiles. Pero ya dije antes que únicamente era mi objeto *indicar* los medios que juzgo conducentes á obtener la separacion del herrado.

Cada profesor puede examinar con detenimiento, con verdad y con cordura esas indicaciones, y modificarlas ó anularlas segun le dicte el fruto de su práctica y de su conviccion.

Yo las he creido arregladas, no solo á justicia sinó á las necesidades de nuestra profesion. El principal fin que me guia es la fusion de clases, tan en extremo perjudicial, y el conseguir que no falten mancebos de herrado á los veterinarios establecidos. Que logrado esto y modificando ventajosamente la enseñanza en nuestras escuelas, para sacar de ellas mejores veterinarios, dificultando al propio el facilísimo acceso de hoy á la matricula, entonces creo yo que, aun sin necesidad del *arreglo de partidos*, no tardarán mucho tiempo los veterinarios pundonorosos en hacerse retribuir por la curacion y los otros muchos servicios que están llamados á prestar.

Yo suplico á los albéitares instruidos que se despreocupen y cesen de insistir sobre quiméricos y disolventes deseos.

La posibilidad de llegar á conseguir el planteamiento de estas ó parecidas bases, es lo que menos debe arredrarnos. Piénsenlo bien los profesores; decidámonos por lo que encontremos razonable y conveniente; que las Academias veterinarias están en el deber de solicitar del Gobierno lo que la profesion acuerde, (si no lo hiciesen dejarían de representar á sus afiliados). Y si, por otra parte, nada se alcanzase del Gobierno que hoy nos rige, ó del que pueda sucederle mas adelante, dia vendrá en que seremos atendidos como merecemos y como los intereses de la mas sólida riqueza nacional lo exigen.—L. F. G.